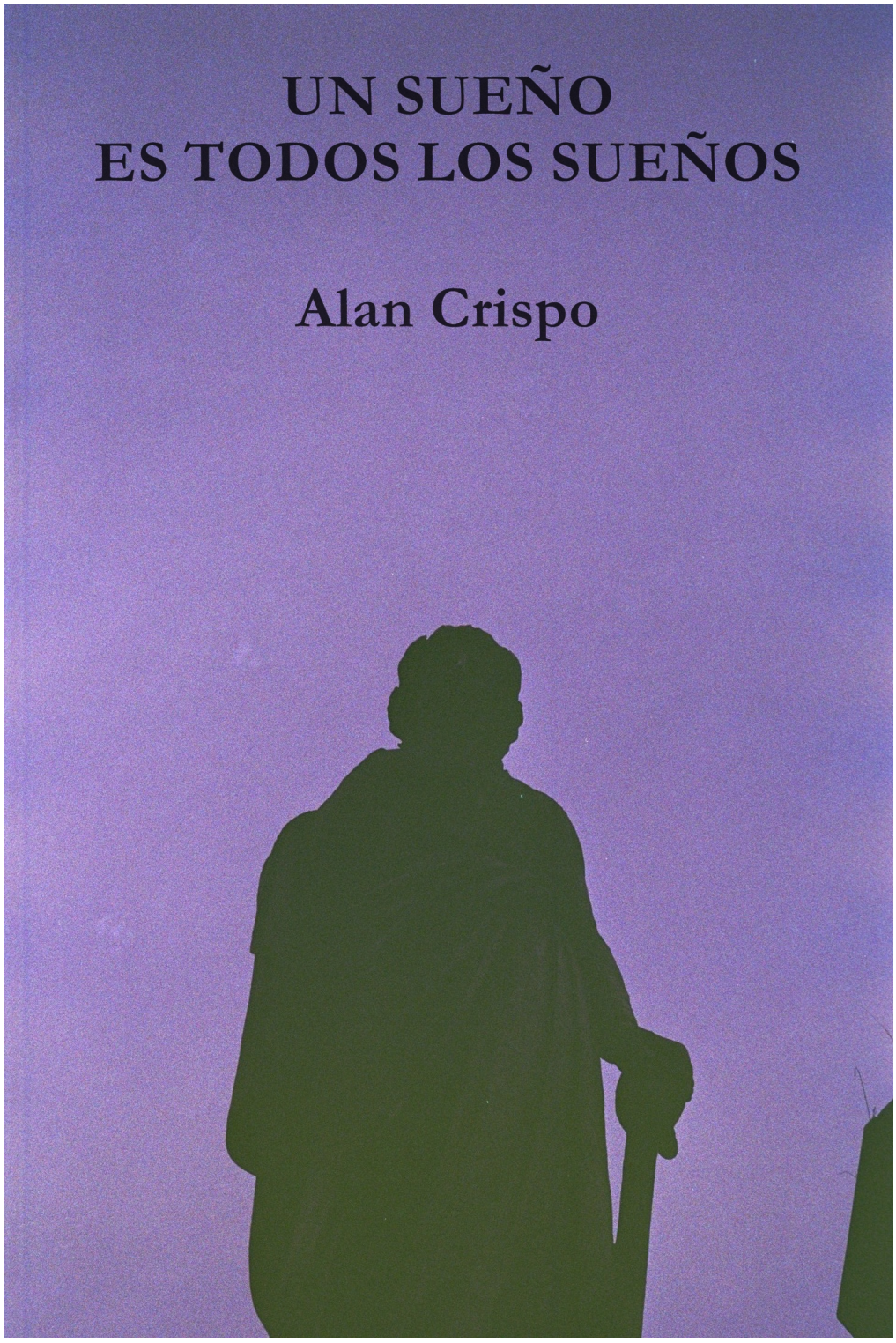
UN SUEÑO ES TODOS LOS SUEÑOS

Alan Crispo



Capítulo 1

EL AMENAZADO

Mi nombre es Krsto Vukšić. Vivo, ahora, en Saint-Martin-le-Gréard, baja Normandía. Mi patria me ha sentido amarla tanto, que tuve que abandonarla. Me impedí reconocer la devastada por los serbios. Arriesgaré, acaso, que puedo sentirme hondamente francés, o al menos participar del deber de ese respeto a Francia. A mi única hija la nombré Sonja Zlatka,como monumento alusivo a mi hermana y a mi madre. De algún modo, hasta físicamente creo sentirlas cerca. Al momento en que el Ejército Popular Yugoslavo penetró y asedió la ciudadde Vukovar, yo no habría alcanzado los nueve o diez años de edad. Al igual que miles defamilias, fuimos desterrados de nuestros hogares. Entre las noches y los días que acontecieron luego, de alguna manera, concluimos nuestro sufrimiento, sólo para condenarnos a un sufrimiento peor. Mi ingenuidad de muchacho no terminaba de entender todo lo que nos estaba sucediendo. En algún lugar de la Bosnia ocupada, a muy pocos, las tropas nos unieron a los musulmanes. Años pasaron desplazándonos estratégicamente, y masacrándonos de forma rudimentaria y fría. Las carreteras estaban atestadas de cuerpos. Como un milagro yo mefiguraba la muerte. Mis padres nunca supieron decirme si tuvimos algo que ver con los bosniacos. El éxodo nos dejó en Srebrenica. Allí fui testigo de las atrocidades más siniestrasque mis ojos hayan visto. Los serbios la rodearon por completo. Mi madre y mi hermana murieron por la hambruna en el noventa y cuatro. Bajo las órdenes de Mladić, a mi padre, a mi abuelo, y a otros miles de hombres, los fusilaron el año que seguiría. Las imágenes de las fosas y sus huesos me acechan en las noches que no consigo dormir. Así es que penosamente viví y —todavía ignoro el porqué— sobreviví al genocidio de Srebrenica.

Debido al aniversario de la masacre, y al reciente suicidio del general Slobodan Praljak frente al Tribunal de La Haya, Andrés Cardona, un periodista colombiano, localizó a pocos de los pocos hombres que habían salido ilesos de aquel exterminio. Por lo visto, aquello encendió considerablemente de nuevo el tema. Le anuncié que había comenzado a redactar una parte de mis memorias, y que si prefería, podría redactar las visicitudes de mi vida posterior, aunque no serían demasiado dignas. Inmediatamente supe que había cometido un error, pero no dije nada.

Cardona me motivó comunicándome que el escrito se publicaría en un periódico de Cali. En verdad, confesaré aquí, que le he remitido una historia apócrifa de mi vida de posguerra. Intuí queno resultaría para nada conveniente declarar que he sido prisionero y que he tenido que asesinar

a alguien por causas del todo ajenas a la guerra yugoslava.

Las masas suelen reaccionar de formas misteriosas; profesaría una ofensa contra mi pueblo si no lograse explayar idóneamente las causas que me sometieron a dicho calvario. Por lo tanto admitiré, a quien me esté leyendo, lo sucedido en aquel período, en aquella incontable sombra.

LA ENTRADA

Luego de unos años, los serbios nos entregaron Vukovar sin hostilidades, o mejor, luegode las muchas hostilidades que nos legaron. El paisaje, era de vaticinar, en completas ruinas. Los escombros eran inabarcables. Muchas personas a medio enterrar. La pobreza me trasladó a Ormož, frontera oriental eslovena. Allí el hambre y la sed, sin objeción; allí conocí el hurto y también la infatuación de necesitar más. Una negligencia hizo que me encontraran y tuve querir a un policía. No recordaré cómo. La detención y la burocracia me deportaron a cumplir una condena de unos siete años, en la prisión de Lepoglava, en Varaždin. No sentí nada en el recorrido hacia el edificio de la prisión. Los árboles, las personas, los animales, las cosas se sucedían. El viaje fue largo y tedioso, y el día parecía negarse a oscurecer.

En una de las avenidas principales retiraban letras publicitarias de algún producto para automotores. Los eventuales y súbitos sacudones del ómnibus me recordaban los dolores en las mejillas laceradas. Nos detuvimos lejos de la entrada y nos hicieron bajar, uno por uno. No miré a los demás condenados. Una vez dentro, nos encerraron en un cuarto sin ventanas, vigilados por tres guardias. Más pronto de lo que creí, me llamaron y me escoltaron a uno de los sectores de registro, solo. Me ordenaron desnudarme. El frío me dejó ligeramente aterido. Me inspeccionaronla boca. Me dieron vuelta y pidieron que incline el torso hacia delante, y luego que tosa. Todas mis pertenencias, entre ellas un poco de dinero, me las confiscarían hasta haber cumplido mi pena. Dada la firma de algunos papeles, me informaron que me mantendrían en observación, y que según mi disciplina me otorgarían una celda individual y permanente.

No me he quejado en absoluto de la celda provisoria. Sé de reclusos argentinos, mexicanos o rusos que conviven en condiciones denigrantemente deplorables. El reposo en aquellas penitenciarias es inadmisible. Cumplidos unos días, tuve una cita con uno de los directores del edificio. Con unas preguntas sobre cuestiones de salud llenó un registro de causas; me preguntó si estaba dispuesto a ocupar un puesto en los empleos que se generaban en el sistema de la prisión, y que *el*

buen entusiasmo y sumisión competente pueden, en algunos casos, reducirla duración de la condena, en palabras textuales. Sin vacilar dije que sí.

La otra celda, en el ala opuesta del edificio, abundaba en corredores y, todavía, muchos más aposentos. Enormes pabellones eran hostigados por la red de alambres y murallas que los separaban de la arquitectura antigua. Dos guardias me conducían, con esposas, por puertas eléctricas, que parecían no terminar nunca. Los prisioneros, entre los barrotes, vociferaban cosas que no llegué a oír, y me esperaban con desafío. Tras un incesante pasillo, me dejaron en mi celda, que estaba provista de una insignificante abertura a lo alto, proporcionando una luz muy apretada. Otra rendija en la puerta se jalaba y se abría sólo del otro lado. Un pulsador facilitaba la comunicación con los guardias, donde la petición era respondida mediante un pequeño parlante. Las salidas al pabellón A2 eran obligatoriamente imprescindibles, y se realizaban una vez por día con una duración de una hora.

Aquel primer recreo no me fue bien. Al encender un cigarrillo, no advertí que alguien se me había acercado demasiado. Comenzó a mirarme como inspeccionándome, mientras me preguntaba si conocía a alguien en la prisión, o si vendía hachís. Le dije que no, y, un pococansado, me fui alejando con demora, sin mirarlo. Un golpe en la nuca y luego en el estómago sirvieron para dejarme en el piso, ya sin calzado.

Al día siguiente comencé con mis tareas en el puesto de trabajo, las cuales consistían en el armado manual de bolsas de papel. Toda aquella monótona labor no era la más desconsiderada, pero no la menos bochornosa. No obstante, la remuneración, a mi ver, no resultaría desagradable.

EL CLAN DE VRSALJKO

Filip Vrsaljko era un reo que no llegaba a los cincuenta años. Los ojos eran profundos y rencorosos pero con un dejo de serenidad. Únicamente dos cicatrices rayaban el hombro izquierdo, como si las heridas hubiesen estado abiertas mucho tiempo. La barba se leacumulaba de una forma cuadrada, magnificando copiosamente la cara. Un prolijo tribal le corría la espalda. Con una crueldad implacable se había hecho con el respeto de toda la penitenciaria. La estrategia y la pulcritud encomendaban muchas de las muertes e incidentesque había urdido, obviamente sin siquiera mancharse las manos. Gozaba de los beneficios y libertades necesarias y merecidas. En no pocas oportunidades, los negocios con las autoridades le destinaban a dar muerte a alguno de los convictos con necesidades que

no lo concernían a él, como ocurrió aquel día.

Vrsaljko ve que llegan nuevos prisioneros al edificio. Desde la ventana logra reconocer a un tal Lisinski o Lesinski entre los otros. Razona que se encontraba allí por el caso de Blažević. Horas más tarde se dirigiría a una de las oficinas de la administración. Uno de los jefes de la guardia lo recibe y le confirma que sí lo habían trasladado a la penitenciaria por el caso de Blažević, y que Lugo, cabecilla de los Mendeléyev, lo necesita muerto antes que se concrete el juicio, que será en dos semanas. Vrsaljko se molesta y piensa que es un período demasiado corto de tiempo para matar a alguien que no está en el sector A1, a su alcance; que se alimenta muy poco, y que además por ser acreedor de un juicio tiene el derecho, por protocolo, de ausentarse a los recreos. Un accionar improcedente sería desastroso. De alguna manera, el nuevo interno transitorio, es inaccesible.

LA INTENCIÓN DEL AMPARO

Sin dudas vivir es acumular recuerdos. Muchos de ellos los rememoro ahora de las insondables noches que me encerraban. El desgano nos permite justificar y acaso aplacar la explicación de nuestras suntuosidades. Así me rechacé por todo el tiempo que debería estar allí. En la soledad sentí que me volvería loco. Como Dostoyevski no logré refutar mi permanencia como una de las formas de la locura. Yo, que he convivido a lo largo de tanta muerte y miseria, me asustaba inferir en si mi vida era real o no; yo, que era el mártir del tiempo. No eran pocas las veces en las que me atemorizaba la idea espantosa de saber que tenía huesos, tanto como los muertos en Srebrenica. O, también, la de sospecharme existente, es decir, vivo.

La monotonía de mi celda estaba, como ya dije, entorpecida felizmente con una rendija, que daba a un cielo siempre claro y profundo. La luna del color del oro muchas veces, y otras tantas del color de la seda, era lo único que pretendí en esos días, era lo único que me aliviaba de todo aquel defecto. Luego de minutos la buscaba como si fuese una compañía o una nostalgia. Por más que no ignorara el movimiento de los astros, el ejercicio de los mismos me resultaba inconcebible y lastimoso. Aquel dolor (así lo sentí) era como si se tratara no del dolor en sí, sino de la reproducción de otro dolor, muy distante pero verdadero. Pensé que no me dolía la soledad de la luna, incluso ni mi soledad. Aquel tormento implicaba algo más remoto, secreto e irrevocable.

Cumplidos los pocos días, en nuestra diaria conducción a los patios, llegué a reconocer (me jacto de tener una muy poco falible memoria facial), a

través de una puerta entornada, a Lisinski. Sólo luego supe que él también me había reconocido. Lisinski era amigo de un hombre con el que hice amistades para delinquir. Me lo había presentado un día, finalizando el año 2000. Tiempo después habíamos planificado un lamentable asalto a una joyería que, por suerte, nunca concretamos. Me daba la impresión que no era alguien de fiar. Sinceramente nos habíamos tratado poco, pero ahora la conjunción de la penitencia y la casualidad magnificaban la escasa relación.

Al día siguiente, salió al patio y se me acercó. Recuerdo su dicción rápida, encimada y el movimiento de sus manos. Como aturdido por todo me dijo que no podía explicarme qué había hecho, pero que no lo había hecho nunca en su vida. Esa era la primera vez que salía; no había pisado otra cosa que no fuera su celda en absoluto. No debía salir mucho, tenía que cuidarse de todos. También dijo que estaría allí por unos nueve días o menos, y que luego lo trasladarían a otra penitenciaría. Le noté que estaba muy alterado, y me reconoció que estaba atravesando un período agudo de abstinencia. *Siento que voy a morir si no consigo cocaína antes de irme*, fueron las palabras. Me preguntó si conocía a alguien, y le dije que no. Le deseé suerte porque supuse que no lo vería más.

Lisinski, a los otros días, no salió. Por mi parte, luego de cumplir mis tareas en el taller de ensamblaje, tuve un dilema definitivo, y si se quiere, una solución definitiva. Allí fue cuando mi prosperidad como recluso, luego se verá, aumentó. En el pabellón, uno me hizo señas. Miré si había alguien detrás de mí. El otro, con una seña más, insistió en que me acerque. Reunidos en un banquito, estaban los de Vrsaljko (luego lo supe). Dos me rodearon, y sentí un filo en los riñones. Uno de ellos, el único que habló, dijo que me había visto hablando con Lisinski. Me preguntó si lo conocía bien. Repliqué asintiendo, todavía sorprendido. Sin evasiones me ordenó, como que sin lugar a dudas ocurriría, que lo mataría. En ese momento creí haber entendido mal. Miré hacia abajo y unos segundos después, probablemente demasiados porque sentí el filo aún más, dije que no podría hacerlo. *Te garantizamos tu protección a cambio; uno de estos días lo matarás o te matamos*, dijo.

A lo largo de toda aquella jornada estuve perdido. No pude sopesar la gravedad de lo que me estaba ocurriendo. Pensé en hablar con el director o con un guardia. A punto de pulsar el timbre, me controlé. Los de Vrsaljko me matarían de sólo saberlo, con aval de las autoridades. El problema no era matar a Lisinski, porque mucho no me importaba. El problema era cómo. Me sentí mal de no presentar ni el más básico remordimiento humano. De alguna manera estaba dispuesto a hacer lo que sea con tal de ganarme la confianza del clan que manipulaba gran parte de la penitenciaria. Mi sentencia sería segura mientras estuviese allí. No ocurrieron demasiadas cosas antes de que uno de los hombres más confiables que tenía Vrsaljko, viniera a plantearme cómo debería asesinar a Lisinski. Su mano descubrió una hoja de rasurar. Se la introdujo en la

boca, en la mejilla izquierda, mientras me indicaba hablar con naturalidad. Luego manipularía la hoja de modo tal para sujetarla con los dientes delanteros. Me lo demostró. El desplazamiento debía ser inmediato, imprevisible. Tenía la imperativa obligación de ser ejecutado en un sólo movimiento. El objetivo era un corte en la vena yugular, que lo desangraría en pocos segundos. De su bolsillo sacó otra hoja de rasurar y me la arrimó a la mano. Le dije que no podría hacerlo. Un golpe me derribó. Al oído me anunció que no le importaba si podría o no hacerlo, sino que lo haría. Se dirigía a la puerta mientras dijo que volvería al día siguiente.

Durante toda la noche, frente a un espejo, me habitué al salado sabor del acero. Las múltiples gotas de sangre comenzaron a ocupar el fondo del lavabo. No dejaba de improvisar que una aguja puede ser un elemento que nos ultime; de igual manera, un aparato cortante produce lo mismo para dejarnos. El interior de las mejillas: totalmente laceradas. Aunque en muchas ocasiones me rendí al designio, el destino me había facilitado un arma, y en aquella arma se encontraba la resuelta imposición de que sea utilizada.

A los dos o tres días, a la hora de las salidas, como siempre atravesamos el corredor 12 donde se encontraba la celda de Lisinski. Allí estaba sentado. De no optar por los recreos, la puerta de la celda debía permanecer abierta. Con unos visajes comprendió que el día siguiente podría proveerle lo que venía buscando. Francamente tuve la incertidumbre de la temeraria empresa. Cuando la noche iba aumentando, fue cuando Vrsaljko mismo se dirigió hacia mi celda confirmando que tendría que ser el día posterior.

Lisinski había sobornado a un guardia para el encuentro. Sentí entonces el miedo de lo inexorable. Lo abstracto del proyecto se disipaba. La aclaración, ahora, conformaba una realidad futura que alcanzaría sin oposición. Calmé mi ansiedad con más práctica, que casi no requería. No dormí, o recuerdo no haber dormido. En el taller de ensamblaje, un guardia me sacó del puesto. Nadie nos advirtió. Allí me coloqué la hoja de rasurar en el interior de lamejilla. Poblé de muchas muertes el camino a su celda.

Los corredores me parecieron inagotables. Mi prosperidad o mi decadencia como recluso estaban en mi albedrío. El guardia tocó la puerta y abrió, dejándome pasar. La puerta se cerró, atando una cuerda desde el picaporte a un adosado estante de la pared. Al sentarme me pidió que me levantara y que abriera las manos. Me acercó la punta de un espejo roto al cuello, mientras me revisó en busca de armas. De mi bolsillo sacó las tres bolsitas de cocaína y las tiró sobrela mesa. Exigiendo comprensión, argumentó que nunca se sabe quién puede ser un traidor. La conversación fue circunstancial, baladí. Procuré no incurrir en exceso de preguntas u objeciones. Fue entonces cuando comprendí que sólo me entregaría el

dinero justo antes deirme. Fue entonces que reaccioné.

Lo recuerdo ahora como un delirio; me recuerdo, también, compadecido: me recuerdo preguntándome cómo es que hube de llegar hasta esa desesperación de la codicia. Todo aquel episodio es tan rápido y contundente en la memoria. Me abalancé sobre él. Sin siquiera darme cuenta ya tuve el acero entre los dientes. Tapé su boca con una mano y le sujeté cualquier movimiento. *Le toqué la tráquea*, pensé en el primer corte. La profusa sangre fue inmediata.

Hubo un segundo corte, letal, que lo hice manualmente. Me alejé, temblando. El cuerpo se agitó poco tiempo. Allí Lisinski, en la agonía de balbuceos y violentos espasmos; allí Lisinski, muerto y patético como un animal; allí lo último de alguien nacido tanto como yo. Dejé la evidencia en la mano para simular un suicidio. Procuré mi limpieza, tomé el dinero, la falsa cocaína y salí.

Capítulo 2

EL PRISIONERO

El expreso motivo de lo que dejaré referido en estas páginas me ha sido inculcado por la no siempre encontrada nostalgia de evitar que las cosas se nos releguen al olvido y a la precisa ausencia. Sólo eso. Harto indeterminados son los principios y los finales de nuestras coyunturas, de manera que no creo incorrecto aclarar que todo muere a cada instante con el amparo de nuestra escasa ubicuidad sobre el gobierno de los sucesos, cuyas propiedades llegan incluso a hacernos desaparecer; estos posiblemente exonerando de contenido a nuestra impuesta memoria, en muchas ocasiones para nuestra ventura. Sin embargo, la oscuridad nos acecha o al menos pretende ser tan imprescindible como nuestra sombra. Válido es decir que evidenciar un hecho es no evidenciar cualquier otro, y también será no evidenciar los hechos de los hechos. Incluso será incurrir en un delicado vituperio; pero ciertos milagros del hombre merecen ese discreto riesgo.

Hará unas pocas semanas sobrevino algo que se me vaticinó. De las abundantes y prolongadas noches en que el insomnio me mantuvo extenuado, hubo una en que logré soñar siquiera unos números; ninguna imagen, escena, sonido o serie de acontecimientos lograron representarse en el sueño. De nada, absolutamente nada —lo recuerdo— procedían las razones de aquellos símbolos. Los números eran: 401. Nunca he visto contornos tan aclarados y definidos como esos en un sueño. Luego de un tiempo lograron desvanecerse. La consternación supo recuperar la mención de un hecho particular ocurrido al empresario José Silva, lo suficientemente similar como para sorprenderme. No traté de recordar a qué remitían, porque lo abstracto de ese estado no me dejó ocupar la conciencia de necesitar estar consciente; ni siquiera logré la necesidad de recurrir a concretar un estado consciente.

Alguno de esos días mi amigo Alan Crispo me contactó. El distanciamiento por razones vergonzosamente políticas intenta importar poco cuando la inocencia de una excusa nos mueve a
uno de los hábitos de la amistad, y mucho más de la diferenciada amistad de los argentinos. En el café Las violetas me ofreció la tarea del hallazgo: mi traducción del ruso al español de una carta que había encontrado dentro de un libro. Éste era la primera parte del quinto tomo (cia-con) correspondiente al diccionario enciclopédico Hispano Americano de Montaner y Simón, edición que data de 1890. El manuscrito llevaba anexada las varias hojas en que se extendía. La caligrafía omitía la

prolijidad y cundían tachaduras, añadiduras y correcciones en tinta negra. La carta (la tengo ahora aquí a mi lado) abarca unas cinco carillas. Al revisar desinteresadamente entre qué artículos se encontraba esta curiosidad, divisé, en la página derecha, el número 401; así también su respectiva izquierda era la misma página: 401. Primeramente, me abrumó el recuerdo, que por cierto ya había olvidado, de mi sueño; luego, que la página se repitiera; luego —y tal vez lo más calamitoso— que en ellas esté expuesto, en el encolumnado "Coin", la definición de Coincidencia. Atenué la conmoción y mientras recorría con la mirada pregunté sobre cualquier asunto que nos alejara de eso. No le comenté mi sueño, pero dado un tiempo le reconocí, aligerando la manera para no parecer preocupado, que las páginas se repetían, ¡las cuatro carillas idénticas! Él, apacible, esbozó que de seguro se trataba de un burdo error de impresión. A esta serie de coincidencias, Alan, de así saberlas, las hubiese distinguido como "Coincidencias de segundo grado". En los argumentos de su teoría hace analogía mediante el agitado puzzle con que ejemplifica Stephen Hawking la dirección de las tres flechas del tiempo, que expone en *A brief history of time*. Yo, por mi parte, no pretendo entenderlo. Fuerza es decirlo, que a mí no suelen impacientarme estas cosas como a él. Por eso no quise agregarle horrores a su susceptibilidad con estas mis cuestiones. Pregunté dónde había adquirido la enciclopedia. Dijo que su tío, el cual ocupaba un cargo en el sector de referencia de una biblioteca de Vicente López en la década del noventa, expurgó enciclopedias desactualizadas para la época; éste heredó algunas y otras olvidó en un altillo de su casa, que recientemente había requisado. En fin, ninguna acumulación de causas me hizo prever esta contingencia. A continuación, juzgará el lector las inauditas experiencias que me fueron otorgadas traducir.

"A quien leyere procederé a presentarme y a relatar algunos de los incidentes que más impacto han desarrollado en mi vida. Muchos veteranos de guerra y ex prisioneros de los GULAG dieron a la imprenta sus testimonios sobre las más impías miserias que puede cometer un ser humano; yo he decidido diferir. Sólo comentaré aquí con el propósito de advertir que la vanagloria y romantización de las tragedias merecen la condena. Nacido en lo que en 1924 se fundaría como Yli-Li, ciudad de Oulu, mi madre y mi padrastro me nombraron Kirill Eklöf. A diferencia de mi madre, mi padre era ruso. Nunca lo conocí, ya que murió ejecutado poco después de la Guerra Civil Finesa, mientras en las calles de Rusia los ánimos de la revolución aún eran entusiastas y se dedicaron a dar origen a la Guerra Civil. Debido a las amenazas, mi madre, poco antes que yo naciera, pudo trasladarse a lo que sería mi ciudad natal, en la región finlandesa de Ostrobotnia del Norte. Crecí y gravité organizaciones comunistas en el barrio de Kiiminki. La exorbitante presión social y la aparición del movimiento fascista Lapua decidieron mi inclinación política. Aquel año convencería a mi madre y nos asentaríamos

los tres en el extremo oriental del Óblast de Múrmansk. Fue entonces cuando comencé mi carrera militar; fue entonces cuando adopté el apellido de mi abuelo paterno, Berdyev, muerto en los últimos días de la guerra ruso-japonesa.

Con la llegada de Hitler al poder y con el rearme alemán, las influencias de la propaganda hicieron que poco tiempo después Stalin iniciara las denominadas Purgas de dirigentes políticos y oficiales militares. Tujachevski fue uno de los primeros arrestados, el cual fue ejecutado con algunos otros; les seguirían miles de oficiales a lo largo de los años. En septiembre de 1939 el Ejército Rojo penetraría en territorio polaco mediante los frentes ucraniano y bielorruso. Yo estaría en las afueras de Moscú, continuando con el estudio de tácticas y para que el acoplamiento de los nuevos oficiales soviéticos se regularice. Meses después seguiríamos las órdenes de comenzar la Guerra de Invierno. Las parejas invasiones de Estonia, Letonia y Lituania no ayudaron a que los objetivos de las negociaciones de Stalin sobre ciertos territorios de la Carelia finlandesa prosperaran. Dichas pretensiones fueron rechazadas; el Kremlin infringió el vínculo con los finlandeses luego de culparlos por un bombardeo que nunca cometieron. Claro está, fue el camarada Stalin, ocasionando intencionalmente bajas en nuestras líneas, de modo que las adjudicó a las tropas finlandesas.

Así particularmente yo entré oficialmente en acción el 11 de diciembre de 1939. Nuestro objetivo era apoderarnos de Oulu, así la división en dos del país impediría las comunicaciones con Suecia. Allí comenzó la Batalla de Suomussalmi: una verdadera
devastación para nuestro frente oriental. La 163ª División de Infantería soviética quedó aislada de toda la columna que recorría la carretera Raate ese mismo día. A través del lago
Kiantaa, la 9ª División de Infantería finlandesa, suscitaría también el calvario por la retaguardia. Nuestra 44ª División de Infantería Acorazada, que era en la que me movilizaba, pretendía reanudar comunicaciones con la 163ª, lo cual acarreó el suplicio. La 163ª fue aniquilada por completo hacia el 30 de diciembre, y pronto (nadie se imaginaría) nos correspondería el mismo destino. La 9ª División se agruparía cerca de Ammansaari para luego dirigirse hacia el Este y tomar posiciones defensivas. Fue entonces que sufrimos los denominados Mottis.

La estrategia se desarrolló debido a las eventualidades de nuestra posición; atacaban nuestra columna por ambos flancos, seccionándola en varios grupos, para luego operar
específicamente en cada uno de ellos. Aún en sueños siento la tensión muscular y el abrumador frío con que recorría aquella carretera; aún en sueños entreveo las sombras en los

bosques, el ruido umbrío y apagado del enemigo que no aparecía. El día 2 o 3 de enero de 1940 comenzó nuestra esperada desdicha. Por sorpresa, a unos pocos kilómetros delante de nuestro pelotón, comenzaron el fuego y los gritos; unos gritos de agonía jamás escuchados por ser mortal. Las explosiones no mermaban y fue cuando por entre los bosques laterales vimos llegar las cargas de finlandeses. No olvidaré aquellos rostros llenos de rencor, los mismos rostros impersonales de los sueños. Las heladas temperaturas sobrepasaron los -30ºC. Debido a esto sólo pude acertar dos
disparos; el resto del cargador no hizo funcionar el rifle; muchos de los blindados se atascaron en la carretera demasiado pronto y contemplamos el infierno. Las descargas
despedazaron a nueve de los T-28 que nos escoltaban, como si se trataran de latas. Vi allí cómo el camarada comisario Arshavin y su dotación de hombres salían en llamaradas de su T-26. Shvedoff, Vasili Nikolskiy, Kishchenko, Sergei Basharov y Yevgeni Sidikhin fueron abatidos a mi lado, muchos sin siquiera poder disparar una sola bala.
Con el reducido resto de la división logramos reagruparnos cerca de un pequeño lago cuyo nombre no recuerdo. Los morteros y los francotiradores, en los días siguientes,
provocaron el pánico en nuestras filas. Nuestro patriótico valor fue exiguo en la desesperación; las deserciones y sus respectivas ejecuciones ocurrieron a cada hora. Los altos mandos demostraron su deplorable inflexibilidad táctica. Las comunicaciones entre los mottis fueron desarticuladas por completo y mi grupo fue desplazado hacia territorio enemigo. Bajo la balacera, tal vez unos cincuenta soldados nos perdimos en los bosques y en la gradual noche. Fuimos muriendo uno a uno de hambre, de frío, ahogados en los demasiados lagos
que nos asediaban. Nada supimos del retroceso táctico que el día 6 se nos ordenó. La necesidad de ser prisioneros era pasmosa. Fue Sergey Pivkin el que murió en mis manos sin
yo poder hacer nada. A las pocas horas una patrulla finlandesa nos interceptó y nos asociaron a grupos de prisioneros capturados en Salla y Petsamo y el pueblo de Soumussalmi, no sin antes ejecutar a unos cuantos.

Para el 8 de enero, aproximadamente, la 44ª División soviética de Infantería Acorazada estuvo ya arrasada. Varios miles de soldados fueron capturados. Registran los historiadores que unos 700 u 800 soviéticos fueron enviados nuevamente a sus líneas, lo más lejos posible. En aquellos neutralizados, el comandante de la 44ª División había sobrevivido en su tanque T-26; fue ejecutado sin clemencia alguna por la NKVD delante de los cientos de sobrevivientes reportados.
Más de la mitad fuimos trasladados hacia el campo de prisioneros en Köyliö; el resto se destinó a Pelso o Jyväskyla, lo cual nunca supe con exactitud. En aquel campo, en condiciones indescriptiblemente deplorables, se transcurrió mi vida hasta poco antes de que la Guerra de

Continuación abriera nuevamente el enfrentamiento. Yo fui de los muchos en
que la burocracia del Tratado de Paz de Moscú se hubo de demorar. El horizonte no dejaba de segregar prisioneros; miles de ellos. Otros campos tuvieron que emanciparse como el de
Karvia. Luego llegó el día de mi libertad, de mi patria, de mi temor, de mi posible y merecida ejecución. [ILEGIBLE] por la NKVD hacia un campo especial en el Óblast de Sverdlovsk
como potencial traidor de la Madre Patria. Allí me interrogaron una y otra vez; era menester contradecirme en una sola oración para tomar mi testimonio como falso y ser ejecutado por cargos de Alta Traición. Conmigo resolvieron trasladarme a un GULAG no demasiado lejos; algunos otros con los que había trabado amistad no corrieron la misma suerte.

Luego de todo este circunloquio he arribado a uno de los ápices de la descripción. Es aquí donde, fuera de cualquier adversidad bélica, tuve una de las experiencias más imprevistas que pueda narrar.

En aquel pueblo nos dirigieron a los vagones de ganado. Vi la línea recta y abrumadoramente extensa de los rieles, que no sufrían ninguna curva; allí, a los kilómetros, la paulatina colina levantaba el camino; allí nuestros diez años de detención y nuestra hambre y nuestro sudor, nuestras ateridas manos de tanto talar árboles. Varios de los guardias se mofaron advirtiendo que nos quedaban unos 15 minutos de libertad, que la próxima estación no estaba lejos: '*Los regalos de quien no ama a su patria*', dijo un comisario que no levantó los ojos. El
vagón guardaba un hedor intolerablemente pútrido. Intenté ocupar el olor acercándome a la cara las partes de mi ropa que estuviesen impregnadas de nieve y lodo. De haber podido
conservar mi cinturón, la emanación metálica hubiese calmado el ánimo. A mi lado, Aleksei Leonidov, un muchacho de unos quince o dieciséis años, no lograba salir de su cariz desvaído; aventuré una ocurrencia, pero no reaccionó. Aleksei estaba demasiado ocupado en no creer que sentía miedo. Quién sabía qué ser abyecto nos podría hacer sufrir a su merced. Bajo mi insistencia fue respondiendo mis preguntas; qué afrenta fue el contemplar que estaba utilizando a aquel muchacho para olvidarme de mí. Fue prolongándose la interacción, sin reparar en que el tren ya estaba en movimiento. Era una de esas conversaciones en donde no importa si el interlocutor entiende, y sabrás que una devolución no ayudará.
Los minutos avanzaban y avanzaban. El tiempo allí dentro no coincidió con las distancias que yo había observado antes de subir y con las que los guardias habían anunciado.
Se me hizo inabarcable. Descarté la posibilidad de que nos hayan desviado a otro campo, porque por un pequeño orificio en la madera pude ver la colina a la que nunca lográbamos

acercarnos. Me pareció extraño y, para descartar mi imprecisión por el cansancio, dejé correr unos cuarenta minutos más. Se lo hice notar a Aleksei, pero me dijo que hace no menos de 5 minutos habíamos salido; otro, a su lado, aprobó su comentario. Les reiteré que haría una hora que ya estábamos viajando. En el vagón todos comenzaron a mirarme, curiosos. A nadie le causó gracia mi desorientación y comencé a impacientarme. Muchos lo tomaron como una forma de importunarlos. Acentué mi sugerencia. Los más impíos me levantaron y, luego de unos golpes, amenazaron con matarme si no desistía mi verborrágica actitud, la cual podía dar sospechas de motín. '*Nos matarán a todos por ti, escoria*' dijo uno. Miré a Aleksei, que seguía inmutable; ¿qué sensación describir al ver que, a su lado, se encontraba un soldado no sólo parecido a Aleksei, sino que era Aleksei? Me sentí sofocado y mis miembros se aflojaron cuando vi que el que me seguía sosteniendo del cuello también era Aleksei. Todo aquello era
una pesadilla. Fue entonces cuando una encarnizada explosión sacudió el vagón y entre los hierros, las maderas, los pedazos de cuerpos reventados y el fuego, el tren descarriló.

Largamente por la nieve la formación no terminaba de desplomarse y derrapar. Metros y metros y metros.

Una vez detenido no perdí la conciencia, pero todo me parecía un sueño; de hecho, todo lo vivido, en el recuerdo, tiene la esencia de un sueño. Vi que yo cargaba una fractura expuesta de fémur y un hierro incrustado en mis costillas derechas. 'No mires', le dije a mi compañero que se revolvía a mi lado. Pero Aleksei Leonidov no me oyó, porque ya estaba muerto. Dudo si en mi memoria proliferé la confusión, pero en aquella exánime crueldad creí oír entre retorcidos hierros '*¿Lo sabes, Boris? ¡Estamos muertos!*'. Pensé en mi infancia. Pensé en lo ridículo que resultaba estar allí, si hace unos instantes las maderas distintas estaban sintiendo el peso de mi cuerpo. Pensé en que el fabricante de esos hierros no sabría nunca de mi catástrofe, que yo particularmente estaría tocando una de sus producciones, y que tal vez moriría. Todo eso pensaba mientras alguien nos auxiliaba. Había llegado al punto de no querer morir para que los rescatistas no sientieran el disgusto de verme morir. En un éxtasis de culpa pedí disculpas a los rescatistas por haber sido herido. Fui cerrando los párpados involuntariamente y comenzaba a llover. En las disminuciones que me exigía la lluvia fui perdiendo todo el horizonte y toda esperanza de volver a sentir mi hogar, porque allí la tierra no se dilataba. Imaginé a mi madre llorándome en una tumba sin cadáver; llorándome como cualquier madre ha de llorar sobre los huesos de sus hijos que se amontonan sobre la tierra. Así supe que estaría eternamente sin llegar a los brazos de mi madre, de mi familia."

POSDATA JUNIO 2018: dada mi tardanza en la empresa de traducir este texto, Alan hizo copias del manuscrito y, mediante un conocido, se lo entregó a un profesor del Colegio de Traductores Públicos de la Ciudad de Buenos Aires, en modo de favor. El trabajo era remunerado, desde luego. La introducción del profesor titular de ruso, Sebastián Miño, a su traducción de la carta comienza "*El expreso motivo de lo que dejaré referido en estas páginas...*".